

A pesar de lo dicho, no sería honrado negar que Ramón de la Serna tiene, como novelista, algunas excelentes condiciones que, seguramente, en una próxima obra se precisarán con más intensidad. Este es, cuando menos, nuestro sincero deseo.—A. T.



EL ARTE Y LAS MASAS, por *Elías Castelnuovo*.—Editorial Claridad.
Buenos Aires.

He aquí un libro sobre el cual no se puede escribir sin pasión. El nos obliga a tomar partido violentamente: o se está con él o se está contra él. No caben términos medios, ni se puede esquivar el bulto con una pirueta más o menos literaria para evitar un pronunciamiento. Anotemos entonces desde luego como una virtud fundamental el potencial de beligerancia filosófica que el libro arrastra en su entraña y la forma valiente y rotunda en que plantea sus problemas. ¿Cuáles problemas? Los que su título señala: *El Arte y las Masas*, ecuación que pudiera plantearse también de otras diversas maneras: El artista y las masas, el escritor y la colectividad, el arte y su contenido social, arte y revolución, etc. Viejo asunto que, en los últimos tres años, ha venido a agitarse con extraordinaria intensidad y difusión, ya en los Congresos de Escritores, ya en libros, ensayos, artículos y entrevistas, en violentas polémicas o en encendidas proclamas.

Elías Castelnuovo, novelista y dramaturgo argentino, de auténtico acento revolucionario, ciñe aquí su asunto a la más estricta interpretación materialista del arte, de la historia y de la filosofía. Su argumentación es cerrada y aplastante como una arremetida de automóviles blindados contra una trinchera escasamente defendida con maderas viejas y alambres enmohecidos. La primera ciudadela que cae pulverizada es la que hasta hace poco fuera inexpugnable fortaleza de Yasnaia-Poliana. Tolstoi, el gigante ruso, el místico anárquico y seudc-revolucio-

nario, el delirante y contradictorio apóstol de la no resistencia al mal, el mismo de quien nos ocupáramos hace unos meses en nuestro ensayo, *Tolstoi en la mesa de disección 25 años después de su muerte*, sufre de manos de Castelnuovo una nueva autopsia. La suya es hecha en el campo de las ideas, de su filosofía y de su nebulosa y fetal sociología. La nuestra lo fué en el plano de lo psíquico y lo biológico. Ambas coinciden, superponiéndose: el profeta ruso pasa a la categoría de los grandes mistificadores, de los que, sin entender ningún problema, los embrollaron todos; de los que creando un falso mesianismo y una nueva esclavitud, desorientaron los espíritus de una o dos generaciones y retardaron un movimiento que sólo después ha venido a concretarse.

La dialéctica de Elías Castelnuovo es acerada. Tiene una cohesión metálica y de sus aristas y ángulos cortantes, arranca a veces como airosos gallardetes o como ingrávido pabellón de combate, la frase cáustica, la comparación insólita, la metáfora mordaz. Con ellas, su contenido fervor se descarga y termina de aplastar al adversario, al que los argumentos y razones traían ya mal parado.

Críticas hemos leído en que se censura al autor del desaliño de su estilo. Quien lee esta obra no tiene, en verdad, cómo ni para qué ocuparse de las formas. Tal es la densidad ideológica de que viene lastrada, tal la plétora de reflexiones medulares y argumentos punzantes en ella agrupados, que nuestra razón queda cogida en su órbita, sin dejar cabida para música o gramaticalidad.

Las obras de Guyau y Plejanov sirven también al autor, como puntos de referencia para demostrar su tesis básica, orientada hacia múltiples direcciones, pero, en el fondo, siempre única: darnos una interpretación materialista del arte. Para Castelnuovo no existen entelequias, ni abstracciones; ni creaciones líricas, ni formas estéticas que escapen a la determinación del medio económico-social circundante. Quienes hablan

del espíritu, del idealismo filosófico, del arte individual, de la libertad de creación, etc. no hacen sino chapotear en una turbia metafísica, hecha de cobardías y de renunciamientos. Todo está condicionado por el ambiente de la época: el pensamiento es expulsado del cerebro como el aire lo es de los pulmones; el genio a priori no existe sino que se moldea en las condiciones del tiempo y del medio en que el artista o el sabio, vienen al mundo o se desarrollan. Tras de todo artista precoz hay siempre un explotador que lo empuja y lo fustiga y de nada le servirá a un muchacho nacer genio, si su padre no tiene como mandarlo a la escuela a aprender a leer. El artista sólo puede crear con material que conozca. Producida la división de la sociedad en clases, el arte también se ha hecho un arte de clases. Hay un arte burgués y uno proletario, como antes hubo arte religioso y feudal. Todo esto, determinado por la economía. El arte de hoy es revolucionario y los artistas deben vivir la revolución para que sus obras interpreten a las masas y sean comprendidas por ellas. La pintura, la escultura, la música, que la burguesía relegó a la media luz de los salones en donde nadie entra, o de los museos que parecen rehuir la ansiosa mirada de los públicos proletarios, deben volver a los muros, a las plazas, a los grandes espacios abiertos, en donde todos puedan admirarlas. La arquitectura tendrá que liberarse de la esclavitud en que la clase burguesa la aherrojó. Todo esto está ya en marcha. El escritor de hoy no puede encerrarse en anacrónicas torres de marfil, ni seguir sumergido en especulaciones subjetivas, cantando pasiones de alcoba, plegarias a los dioses o sentimentalismos de salón.

Castelnuovo, con la verdadera pasión del artista, va agrupando sus conclusiones y argumentos con un ritmo que galopa y que arrastra. Volteamos las páginas de su libro, cogidos en un vértigo magnífico. De trecho en trecho, alguna afirmación demasiado iconoclasta nos hace deternernos. Así sus opiniones sobre Freud y el psico-análisis que declaramos categóricamente

no poder compartir. Esto es desde nuestro punto de vista de médicos, como asimismo algunas afirmaciones que incurren en el campo de la biología y de la psicología. Pero no olvidemos que el arte y las masas es un libro de combate. Que a la vez es un testimonio elocuentísimo de lo que puede realizar la dialéctica materialista aplicada al arte, a la estética, a la filosofía. No hay en todo el libro una sola contradicción, una grieta por donde se cuele un tropo claudicante; no hay una falla en el maravilloso funcionamiento de sus engranajes intelectuales. Castelnovo ha dicho innumerables cosas nuevas en un sector polémico. Cuando pensamos en esto, comprendemos mejor la grandeza de esta obra. Valorizamos el temple y volumen del intelecto que la creó. Admiramos su fuerza de convicción y de arrastre. Y le agradecemos los múltiples caminos que abrió en nuestro horizonte con generoso empeño de «pioneer» y de señalizador.—
JUAN MARÍN.



LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD, por *Jules Romains*.

Se me disculpará la insistencia sobre lo que me sucedió con Jules Romains, al cual he tardado tanto en reconocerle el genio literario, pero encuentro la aventura con bastante sentido.

Es, en efecto, una aventura y ofrece más de un punto de analogía—«*honnei soit qui mal y pense*»—a lo que puede pasar en el plan sentimental. ¿Un autor que publica una obra dedicada al gran público, no tiene alguna semejanza con una mujer bonita que desea gustar a todos los hombres que encuentra? Con esta diferencia, sin embargo, que el autor puede contentar a tantos amores como inspire y que su suerte corre con sus éxitos. Pero las mujeres no son admiradas por todos los hombres. Ahora, se entiende, que ellas deberían gustar a todos, sobre todo si